

Victoriano Lillo

Una vida



ENTADA en el borde del lecho, revuelto y sucio, la mujer se contemplaba las piernas. Estaba en camisa de noche, una camisa llena de desgarrones y bostezaba. Era aquel un bostezo que parecía salirle desde el fondo del estómago. Sus pobres pies reumáticos, con los dedos torcidos, cabalgando unos sobre otros, la martirizaban esta mañana más que nunca. Con ojos aburridos recorría la habitación que le servía de dormitorio. Todo estaba en ella, como su lecho, revuelto y sucio. Un cansancio infinito parecía dominarla. Había intentado levantarse con el fin de hacer su desayuno; pero el intento apenas si logró llevarla a la posición en que estaba. Se miraba ahora las piernas flacas y casi sin pantorrillas, desprovistas de pelos en su parte inferior. Recordó entonces que su profesor de morfología plástica, en la academia de bellas artes donde estudió en París, aseguraba a sus alumnos que esa falta de pelos

—dans le mollet—era una de las características de la ancianidad. El nombre de París unido a la fetidez del cuarto—que parecía venirle en tufaradas—le trajo, por asociación, otro recuerdo de su estada en aquella ciudad: el de Marcel Proust, a quien había conocido en sus últimos años cuando, ya encerrado definitivamente para concluir su obra, el gran escritor recibía, después de la medianoche, en un cuarto como éste, lleno de olor de los remedios que usaba y del de sus propias deyecciones. Lo veía en cama, con el pelo largo e hispido y sus hermosos ojos aterciopelados, indicando a sus amigos, con esa cortesía exquisita que siempre tuvo, un lugar para sentarse. En el dormitorio del autor de *A la recherche du temps perdu* había igual mescolanza e igual hediondez: una hediondez en que se mezclaban los olores del espíritu de vino, del mentol con que combatía un romadizo persistente, de los polvos baratos, del sudor y aun del otro—espantoso—de su incuria y suciedad. Como en aquella pieza los calcetines y los guantes, en ésta las medias y las prendas íntimas estaban tiradas por todos los lados. En cuanto a los muebles, el desorden era semejante. Junto a una bella cómoda de caoba y a un sillón de estilo se encontraban arrimos de coligües y pisos de totora. Una viejísima alfombra de Persia parecía defenderse, con sus hermosos colores, de un jergón infecto que la tapaba a medias. También, como en el dormitorio del escritor, jirones de papel pendían de los muros al lado de cuadros magníficos.

Haciendo un esfuerzo se puso en pie, encendió el anafe y se hizo una taza de cocoa. Todos sus movimientos eran de una dejadez enfermiza. Porque no sólo estaba vieja a los sesenta y tres años sino también enferma, enferma del cuerpo y, lo que es peor, del ánimo. Vuelta a la cama para tomar el desayuno se puso a recordar, mientras iba sopeando con un pan duro en el líquido casi hirviente.

Toda su vida—pensaba—no había sido más que un fracaso: fracaso en el amor, fracaso en la fortuna, fracaso en el arte. Era este último el que tal vez más le dolía. Se vió llegando a París a los diecisiete años, acompañando, como hija única, a sus padres. Se vió en la escuela de monjas donde la pusieron para que aprendiera «todo lo que debe saber una señorita». Se trataba, en realidad, de completar sus estudios y principalmente de aprender bien el francés, que su madre consideraba como indispensable a toda mujer elegante. A los veintidós años salió con su título de bachiller en letras y se encontró con toda una vida de ociosidad por delante. Ni ella ni su madre querían oír hablar de una profesión. «Las profesiones se han hecho para las siúticas», decía la buena señora, mientras acariciaba su triple papada. En cuanto al viejo, que era un hombre alto, cogotudo, con el cabello—el poco cabello—escrupulosamente partido al medio y los bigotes llenos de cabo, el asunto le era, en el fondo, más bien indiferente. El aprobaría, con respecto al porve-

nir de su hija, lo que fuera decidido por la interesada y su madre.

—Nada de problemas para mí—decía, y se marchaba entonando alguna cancioncilla de moda en el boulevard. Dinero había en abundancia. Para eso los rotos sudaban de sol a sol en el fundo. Porque su padre don José Pedro, tenía un gran fundo—hacienda mejor dicho por la extensión—en la zona central de Chile y que daba, al principio de la vida en París, para cubrir ampliamente las necesidades de la familia y de la numerosa servidumbre que la atendía. Lo malo fué que los dispendios del viejo en los cabarets de lujo y los gastos de madre e hija en *chez Paquin* y otros modistos famosos, obligaron pronto a echar sobre el fundo una primera hipoteca y después otra y otra.

Pero entretanto seguían corriendo los años y ella, aburrida de no hacer nada, de teatros y recepciones en la colonia chilena, «a la que se sabía de memoria», se dió a frecuentar los medios artísticos. Eran todavía los tiempos de Montmartre y de su bohemia heroica. Vestida ahora de cualquier modo, para no desentonar, con alegría de don José Pedro que vió disminuir siquiera por un lado los gastos de indumentaria, recorrió academias y talleres no sin grave disgusto de doña María Eugenia—la madre—quien no podía comprender la afición de la muchacha por aquellos desharrapados que solían ir a buscar con sus viejas chaquetillas de terciopelo y sus corbatas y bufandas imposibles. Con los años y sus achaques, la vieja fué decayendo

mucho en su entereza. Terminó dejando hacer y dejando pasar.

Hasta que llegó el amor encerrado en un tonquinés, alumno de la academia que ella frecuentaba. Como muchos de los de su raza pertenecientes a las altas familias, éste apenas si tenía los ojos oblicuos. Sus maneras eran finísimas y en cuanto a su cultura, muy extensa. Congeniaron pronto y luego fueron inseparables. Los domingos de buen tiempo solían coger un *bateau mouche* y se iban por el Sena en busca de alguna *guinguette* donde almorzar. Allí, en ese ambiente popular, se sentían a sus anchas. Bailaban a los acordes de una orquestita de mala muerte y terminaban la tarde correteando por los ribazos en busca de flores silvestres. Volvían al atardecer cuando las aguas reflejaban el color gris perla del cielo parisino y las luces se encendían a lo largo de los muelles. Al término de uno de esos paseos dichosos el tonquinés habló de matrimonio. Ella aceptó la demanda sin hacerse rogar. Se dieron un beso muy largo en señal de mutuo acuerdo. La verdad era que ambos estaban sinceramente enamorados, no con un amor violento sino con mucha ternura, lo que según Van Lon, anunciaba un matrimonio venturoso. Porque, para el tonquinés, sólo eran durables los amores que empezaban como el de ellos, cualquier día, casi sin darse cuenta, como una prolongación del afecto y la amistad. No contaban, sin embargo, con la oposición irreductible de doña María Eugenia, quien, saliendo de su torpor de enferma, al-

canzó su antiguo tono autoritario para declarar que jamás daría su consentimiento para ese matrimonio con un chino.

—No te puedo imaginar como señora de Van Lon —decía— por muy rico y culto que éste sea. Serás el hazmerreír de nuestras relaciones. Sus relaciones habían quedado reducidas a tres o cuatro viejas que llevaban y traían los chismes de la colonia. El padre rió de la ocurrencia de su hija. No es que se opusiera. La vida en París, decía, le había hecho muy amplio su criterio; pero no tanto como para no mirar con cierta prevención—eso era—con cierta prevención—un matrimonio entre personas de sangre y razas tan diferentes. Fueron, pues, dando largas al asunto hasta que el padre del tonquinés murió en su tierra y él tuvo que partir para reemplazarlo al frente de su familia y de sus negocios. Se escribieron por algunos meses; pero el tiempo empezó su obra de desgaste. La pintura, a que se había dedicado con gran entusiasmo para olvidar, la tomó al fin, absorbente, y al cabo del año se encontró con que el oriental no era sino una ligera sombra en su memoria. Por aquella época, ya a los treinta, era una mujer espigada, ni fea ni bonita; pero con algo de lo que los españoles llaman «ángel» o «gancho». Gustaba; pero más que gustar como mujer se la estimaba por su generosidad y su espíritu de sacrificio. Siempre estaba dispuesta a visitar a sus compañeros que caían en el hospital o se morían de hambre. Aunque la mesada que le pasaba el viejo no era mucha,

jamás le faltaban cien francos para prestar al que verdaderamente lo necesitaba. Había llegado a ser la amiga, la colega perfecta a quien se hace el amor más por simpatía que por deseo. No era tampoco envidiosa de los éxitos ajenos. Consciente de sus limitaciones como artista, nada le alegraba más que contribuir con su cuota para celebrar una mención o cualquier premio obtenido por alguno de sus amigos. Desde el principio había instalado su taller en una bohardilla de su propia casa. Estaba orgullosa de la luz del sur que recibía su caballete, de los cuadros y grabados que había logrado reunir, de su biblioteca de arte y hasta del pequeño bar que tenía en un rincón para festejar a sus visitantes. Estos, con el espíritu un tanto *vo y ou* de algunos artistas, alababan sus trabajos entre copa y copa; pero ella sabía perfectamente que sus condiciones eran muy limitadas. Sentía, sí, el color como algo vivo, por eso empastaba con exceso. Siempre se decía de ella que «era rica de materia», «generosa de espátula» y otros términos que no dejaban de halagarla por cuanto representaban su manera. El total de la obra, sin embargo, no resultaba. Había algo en sus trabajos, defectos de perspectiva, falta de atmósfera, mala entonación que desmejoraba el conjunto. Empeñándose mucho logró al fin sacar una tercera mención honrosa en el Salón de los Independientes. Fué su único triunfo en el arte.

Entretanto la familia iba cada vez a menos en el sentido económico. Esto, no obstante, apenas si había

disminuído su tren de vida. Se sacrificó el auto y un par de empleados. La madre, temerosa del qué dirán, no quiso hacer mayores economías y el viejo, ya un poco gagá, seguía haciendo frente, cada vez con mayores dificultades, a las cuentas que se acumulaban en su escritorio. Hasta que fué encontrado muerto de apoplejía en un lugar mal afamado. Felizmente, poco antes de aquella tragedia había ordenado al banco que tenía su representación, la venta de la hacienda y el pago de las hipotecas, que se llevaban buena parte de las rentas. Hecha la liquidación, quedaron con unos cuantos cientos de miles de pesos, lo que, para doña María Eugenia, representaba la miseria. La reducción a que se vieron obligadas pareció acabar a la señora. Enflaqueció. Su gran papada, que era como el signo de su riqueza y prosperidad, se fué desinflando poco a poco. Sentada en un comfortable se quedaba frecuentemente dormida con los diarios de Chile entre las manos. En ellos seguía el movimiento de la vida social, única cosa que parecía preocuparle.

Entonces, en 1932, ya con cuarenta y cinco años a cuestas, se produjo la gran aventura. La que había resistido a tantos pretendientes—generalmente artistas o escritores—se enamoró como una chiquilla. Esta vez no se trataba de un extranjero sino de un muchacho chileno que conoció en el consulado. Acababa de llegar de la patria en el viaje a París, que todos los jóvenes bien de la época debían hacer para completar su educación. Se lo endosaron con el fin de que le

mostrara todo lo interesante que había en la gran ciudad. El la miró de alto abajo y viendo la sencillez de su atuendo pareció sentirse un tanto molesto. Era un buen mozo, muy bien vestido, con la impertinencia de su riqueza y de su mala crianza; pero ella le quiso de inmediato. En su larga estada en la ciudad había adquirido, cuando se lo proponía, toda la elegancia de las mujeres parisinas. No le fué por eso difícil volver a presentarse tan chic como en su primera juventud. Sorda a sus propias exhortaciones, que le hacían ver lo absurdo de aquel amor, se entregó de lleno a conquistarlo. Desplegó en esa tarea toda la discreción y el tacto de que era capaz. Cuando se dió cuenta de lo que ocurría, el muchacho rió para su fuero interno. No había venido a buscar una vieja a París. Porque para él no era más que una vieja. Una vieja simpática y ahora bien vestida que conocía todos los rincones agradables y de la que se iba a servir hasta que se aburriera. Egoísta y sin sensibilidad alguna, parecía tener en potencia todos los vicios, especialmente el de la embriaguez, al que se entregó luego. Le costaba sacarlo ahora de los cabarets, donde formaba violentos incidentes como si estuviera aún en Santiago y gozara de todas las prerrogativas a que estaba acostumbrado. Una vez, de vuelta de una de estas fiestas, para ella tan tristes, se quedó mirándola con extraña fijeza. Estaban en su pieza del hotel. Echado en un sillón, con las piernas estiradas—en la boca un rictus maligno, sobre la frente un mechón dorado—la contemplaba

como si nunca la hubiese visto. De pronto, incorporándose violentamente, se abalanzó sobre ella. No hubo lucha. Se entregó como si aquello fuera fatal. Desde ese día empezó a huirle. En el hotel se hacía negar. Si no podía evitar que lo encontrase, la obligaba a acompañarle a sitios cada vez peores. Conoció en su compañía todos los antros del vicio parisino, desde los más elegantes hasta los más nauseabundos. Más que como amante parecía considerarla como cuidadora. A veces debía esperarlo por horas y disputarlo a las *poules* que querían llevárselo enbriagado. No hubo humillación que no sufriera. Cuando, gastada su mensualidad, se quedaba sin dinero, ella debía dárselo. Una vez que no quiso hacerlo la arrastró por los cabellos. Todo esto sin arrepentimiento ni excusas. A los ocho meses de su llegada a París, la crápula se pintaba en su rostro. Estaba flaco y granujiento. Cuanto hizo por regenerarlo fué inútil. Los consejos, las súplicas, resbalaban sobre él sin producir ningún resultado. Un amigo chileno dijo que el muchacho «era malo de adentro» y que no tenía remedio. Todos se apartaban de su lado; pero ella continuaba amándole encarnizadamente en una suerte de masoquismo a la vez gimo-teante y trágico. Las cosas, sin embargo, no podían continuar indefinidamente así. Una tarde y en plena «Rotonde», a la vista de muchas personas que los conocían, la tendió aturdida de una bofetada. Como si eso fuera poco, esa misma noche le hizo llegar una carta abominable. Estaba llena de los peores insultos.

La trataba de vieja ridícula. Aseguraba estar harto de ella, de sus cuidados y hasta de sus bondades. Quería seguir solo sin que nadie fiscalizara sus actos. A sus contadas intimidades se refería con un lenguaje de procacidad arrabalera, calculado para herirla en su orgullo de mujer. Cayó a la cama con fiebre. Cuando se levantó había cambiado de carácter. Su tranquila alegría había desaparecido para ser reemplazada por una especie de tristeza medular, de melancolía que la hacía suspirar a cada momento. Pretendió pintar y no pudo. Era como si hubiera olvidado todo lo aprendido. Se quedaba frente al caballete por horas, dando una que otra pincelada. Sus antiguos amigos, que fueron a convidarla al baile anual de los artistas, se encontraron con una mujer que no se interesaba por nada. Pasaron así algunos meses. Incidentalmente supo que el muchacho estaba gravemente enfermo en un hospital y que sus padres venían a buscarlo. Recibió imperturbable la noticia. Ni por un momento se le ocurrió la idea de pasar a verlo. Parecía que todas las amarras que la ataban a su vida antigua se habían cortado. La madre, para quien la aventura de su hija no era totalmente desconocida, la instaba a salir. Inútilmente.

Hasta que los rumores de una próxima guerra se acentuaron en tal forma que la vieja—alarmada—habló de volver a Chile. No quería pasar por las molestias que tuvo que sufrir el año 14. Esto la reanimó un poco. Tuvo que preocuparse de todo lo referente a

la liquidación de la casa y al viaje mismo. Partieron, por fin, en mayo de 1939. Se encontró con un país muy distinto del que había dejado en su juventud. Sus condiscípulas apenas si la recordaban. Muchos de sus parientes habían muerto. Su propia madre, agotada por el viaje, las enfermedades y el cambio de vida, falleció también a los pocos meses de llegar. Se encontró así sola en el viejo caserón ancestral de la calle Merced, con nuevas empleadas y con un sentimiento como de ausencia de sí misma que la hacía pasar, por horas, en un sillón sin pensar en nada. Fué abandonando el cuidado de la casa que la entretuvo por algunos meses y hasta su propio cuidado. Pasaba semanas sin lavarse. Entretanto el dinero se iba acabando. Arrendó la casa, única fuente de entradas que ahora tenía. Su salud había desmejorado mucho. Sentía palpitations y ahogos. El doctor diagnosticó una miocarditis que hacía imperativo su traslado a la costa. Así fué como llegó a Valparaíso. Radicada en una casa de pensión quiso conservar la mayor independencia. Le llevaban el almuerzo a la pieza y ella hacía el desayuno y el té de las cinco. Por la noche comía alguna fruta. Podía, con ese sistema de vida, abandonarse a sus pensamientos y dormir tanto quisiera. De cuando en cuando venía una enfermera a ponerle las inyecciones prescritas para su enfermedad. Pensaba cambiarla porque había notado su disgusto por la suciedad en que vivía. Ella estaba acostumbrada así y no iba a cambiar a un paso de la muerte. ¡La muerte!

No la temía. Acaso no era más que un largo dormir. Desde la cama, donde continuaba, paseó de nuevo su mirada por el cuarto. Allí, colgada, estaba la «naturaleza» que le valiera en París una tercera medalla, y cerca de ese cuadro otro de sus condiscípulos de entonces, algunos famosos, otros olvidados, otros ya en la tumba. Había un Matisse, un Toulouse-Lautrec, un Utrillo. Si los vendiera—pensó—podría darme algunas comodidades; pero ¿cuáles? y ¿para qué? Ya no necesitaba nada sino descanso y silencio. De pronto se quedó mirando un gran clavo que sobresalía de la pared. Allí había tenido un lindo espejo antiguo, coronado de amorcillos y flores y frutas doradas. Lo vendió cuando tuvo un mal arrendatario que se fué debiéndole varios meses. Desde que entregó la casa al banco ya no le trampeaban. Hasta había logrado juntar algunos ahorros. Se quedó dormida nuevamente mirando al clavo que, en su sueño, se iba agrandando, agrandando...

Cuando la empleada, cansada de golpear, ya cerca de la una, abrió la puerta, la encontró colgada de ese clavo. A sus pies había una mesa y un piso volcado. La pobre, cuyo cuerpo estaba aún tibio, empezaba a ponerse rígida por las extremidades. Con las piernas esqueléticas, la cabellera revuelta y apelmazada, la lengua colgante, los ojos estrábicos y salidos, parecía un fantoche trágico que le hiciera la última morisqueta al mundo y a la vida.

Valparaíso, 1950.